

## Después de Bourdieu

### Víctor Jiménez

Un curioso autor minoritario

La muerte de Pierre Bourdieu, el pasado 23 de enero de este 2002, pone fin a la compleja producción intelectual de este polémico autor francés nacido en 1930, cuyo trabajo podría recibir los nombres de antropología, sociología, filosofía, pedagogía, análisis político y todavía alguno más, pero quizá el común denominador de las etiquetas anteriores sea el menos fácil de definir: el ejercicio de la crítica cultural. Y tal vez sólo dentro de veinte o treinta años podrá evaluarse el potencial que encierra la reflexión de Bourdieu en esta área: la tardanza respondería sin duda al hecho de que su obra podría ser, por largo tiempo, materia de estudio sólo para unos pocos, y los productos intelectuales de esta clase permean con mucha lentitud una sociedad. Pero no es esto tampoco algo tan lamentable, porque tal género de ideas permanecen por más tiempo en las capas profundas del pensamiento.

Por otra parte, y vinculado con lo anterior, es probable que a lo largo de los próximos lustros aparezca una variada secuela de aplicaciones de las ideas de Bourdieu en los campos más inesperados, y que sean estos trabajos los que permitan al gran público conocer al pensador francés. Sin descontar, por supuesto, los también muy numerosos intentos de descalificación de la obra de Bourdieu que veremos aparecer: igualmente, muchos lectores conocerán la obra de Bourdieu sólo de manera indirecta, a través de sus críticos.

La verdad es que la producción intelectual de Bourdieu, con él vivo, amenazaba con no dejar espacio de descanso a sus lectores, quienes apenas habían concluido alguno de sus títulos (como, en mi caso, con gran esfuerzo, sobre todo tratándose de los más voluminosos) cuando veían aparecer otro que aumentaba la lista de títulos pendientes. Ahora podemos contemplar la suya como una obra vasta pero concluida, más apta ya para ser recorrida de un extremo a otro, un poco menos inabarcable: por ello lo único que no puede proponerse un breve escrito como éste es intentar hacer una síntesis de la misma, aunque fuese lo que más hubiese deseado Bourdieu, un gran convencido de la necesidad de la divulgación. Sólo esto último justifica, pues, la contradictoria existencia de las presentes líneas, entendidas más como una invitación a leer a Bourdieu que como el resumen de sus ideas.

Para iniciar la lectura de Bourdieu

Me atrevería a recomendar como primera lectura, para quienes deseen empezar con Bourdieu, los ensayos reunidos bajo el título de Razones prácticas. Y cuando se disponga de más tiempo, Las reglas del arte y, sobre todo, su obra cumbre: La distinción (otro consejo: antes de estos dos títulos conviene leer La educación sentimental, de Flaubert, ya que Las reglas... inicia precisamente con una larga referencia a esta novela, y La distinción toma su nombre -me sospecho- de cierta muletilla que emplea un personaje de la misma, monsieur de Cisy).

La utilidad de la lectura de Bourdieu en México puede quedar más clara con unos ejemplos: el análisis (demoledor) que hace (en La distinción) de André Malraux es prácticamente el mismo que, si tuviésemos un espíritu más sistemático, podríamos hacer aquí de las figuras de Octavio Paz o Enrique Krauze (ya que Malraux fue un intelectual, pero, también como ellos, aspirante a algo más). Asimismo, su análisis de los intelectuales cortesanos en Las reglas del arte bien puede leerse como un ensayo sobre los funcionarios y las becas de Conaculta. Y ya que estamos en estos territorios, personajes tan "literarios" (es decir, "típicos" o, dando un paso más, "estereotípicos", nutridos hasta las cejas de lugares comunes, tan caros éstos a Flaubert) como los presidentes anterior y actual del Conaculta pueden verse,

como entre barrotes, deslizarse tras las líneas de estos títulos de Bourdieu. Porque también ellos son variaciones criollas de Malraux (en su faceta de burócrata cultural paradigmático): todo Conaculta, en suma, nace de las fantasías incubadas en México a lo largo de no pocos lustros en torno a la imagen del ministro de Cultura de Charles de Gaulle. Y podría incluso incorporarse el caso de los agregados culturales de la actual cancillería mexicana, empeñada inútilmente en equilibrar, con estos funcionarios útiles, algunos ángulos tan previsibles como pintorescos del voto útil: la consagración literaria de José Luis Borges, entre otros.

### Las reglas de Bourdieu

Da la impresión, al leer a Bourdieu, que asistimos a una profanación: porque no somos conscientes, todo el tiempo, de las oscuridades (las que deben reinar en el sancta sanctorum) que rodean al término "cultura". Estamos más que acostumbrados a esas penumbras. Así que la operación de correr las cortinas y ver en la cultura básicamente algo que podría llamarse, sin traicionar demasiado a Bourdieu, "el consumo de los bienes simbólicos", el objeto iluminado puede decepcionar un poco bajo la nueva luz. Pero sólo en un primer momento, ya que no tardaremos en admitir que, en efecto, las leyes del mercado están sólidamente implantadas en el campo cultural, y son manejadas como las de la economía del dinero, a favor de unos y en perjuicio de otros. Sólo que, a diferencia de lo que ocurre con el dinero (y la obra de Bourdieu es el mejor ejemplo de ello), la definición de qué es un capital cultural o artístico, o de cuáles son las "reglas del arte", no está enteramente en poder de los economistas. Y después de Bourdieu, sin importar los intentos que puedan venir para disminuir su influencia, serán sus definiciones las que terminen por imponerse en el análisis de la educación, el arte y la cultura. Porque sencillamente no hay muchos análisis en estos campos que puedan equipararse en la dimensión de los recursos intelectuales involucrados. Puede parecer excesivo decirlo, pero la reflexión sobre la cultura, más allá de los estudios fragmentarios de disciplinas como la antropología, cierta sociología e historiografía especializadas (Elias y Braudel, respectivamente) y la historia y la crítica del arte (vastísimas, pero casi esotéricas), permanecía encerrada, antes de Bourdieu, en una especie de bosque encantado, como si el tema tuviese regiones (la "alta cultura", por ejemplo) por completo inaccesibles a la reflexión radical. Y es muy sintomático que lo que todo el mundo considera aceptable y científicamente válido (estudiar antropológicamente un grupo social "primitivo" o depauperado) se vuelva escandaloso si el objeto de estudio son las clases media o alta "ilustradas". Lo que Bourdieu nos invita a hacer, si pensamos en México, es el estudio antropológico de, por ejemplo, los habitantes de Las Lomas, San Ángel, Tecamachalco o Polanco, tal como si estudiásemos a los mixtecos, los huaves o los tzeltales. O, de manera semejante, elaborar el perfil antropológico de Diego Fernández de Cevallos o de las familias del Grupo Monterrey como si fuesen Juan Pérez Jolote o los hijos de Sánchez. En el desafío que implica proponer estas aplicaciones radica una parte importante de la originalidad intelectual de Bourdieu.

Bourdieu mismo declaró que una de sus estrategias de acercamiento a la alta cultura fue aplicar a este campo su propia experiencia antropológica con algunos grupos étnicos de Argelia, pero también vio en el estudio de Max Weber sobre la religión que la peculiaridad de la fe como fenómeno social no era tan diferente a la de la alta cultura. La conquista de la hegemonía sectorial por los intelectuales franceses no es diferente de las luchas por el poder tribal de un grupo de pastores africanos, y todo juramento del clero sobre el desinterés de su misión (entendido como desapego del poder y del dinero) no puede tomarse en serio ni por un instante.

### De la arquitectura gótica a Husserl

Porque todo está en todo, como lo muestra Erwin Panofsky en *Arquitectura gótica y escolástica* (traducido por Bourdieu al francés), que justamente se ocupa de documentar cómo al producirse una novedad en el pensamiento filosófico medieval (la subordinación de las partes al todo, por ejemplo), y sin que nos encontremos frente a una relación de causa y efecto, aparecía el hallazgo, por los arquitectos

de esos mismos años, de una nueva forma de agrupar las columnillas de la nave de una catedral gótica en la que -sí- la subordinación de las partes al todo es fundamental. De esta manera, uno de los puntos de partida de Bourdieu al estudiar la relación que podría existir entre nuestra selección de una universidad, una novela y una marca de ropa no es tan exclusivamente "sociológico" como podríamos pensar. Pero Bourdieu no tenía puesta la vista sólo en Panofsky y el Warburg-Courtauld Institute (institución muy importante en los estudios de historia del arte), sino también en algo muy cercano a ellos: la fenomenología de Husserl, cuya noción de habitus se convertirá en piedra angular del discurso de Bourdieu. Robert Klein, historiador del arte y filósofo, amigo de Panofsky y continuador de sus estudios sobre la perspectiva en la pintura renacentista, aborda en dos de los ensayos reunidos en *Las forma y lo inteligible* (Taurus, Madrid, 1980) el concepto de habitus de manera que puede ser útil a quienes se propongan ser lectores de Bourdieu sin estar absolutamente decididos a leer, antes, a Husserl. En Husserl (quien lo designa originalmente como *Habitualität*), dice Klein, el habitus es una "propiedad constitutiva del yo" construida con las experiencias vividas y, al mismo tiempo, de cara al futuro, es también algo "poseído" por el yo como un "horizonte de posibilidades". O, también en palabras de Klein, el concepto de habitus trata de explicar la forma en que el yo se desplaza entre el pasado y el futuro: "Todo lo que la conciencia adquiere se hace, en la medida en que es adquirido, elemento constitutivo de mi persona, copresente, cuando la situación lo permite o lo exige, en mis adquisiciones y mis decisiones futuras. De este modo todo acto de conciencia es, en grado variable, un acto de autodefinición del yo, a la vez pasivamente, porque está hecho con lo adquirido de mi personalidad constituida, y activamente, porque contribuye a definirse para mis actos futuros." Bourdieu construye, sobre esta noción, su reflexión sobre la cultura.

### Singularidad de Bourdieu

Lo anterior permite advertir la curiosa peculiaridad de la génesis del pensamiento de Pierre Bourdieu, tratándose de un analista que muchos quisieran ubicar en la izquierda. Porque si su crítica del orden cultural establecido es extraordinariamente vigorosa y lúcida, no lo era menos cuando se enfrentaba a las esquemáticas ideas del marxismo sobre la cultura. Y también es peculiar de Bourdieu su convicción de que será en el campo de la cultura donde se desarrollarán las futuras luchas para encontrar una alternativa al actual sistema de absorción, por el poder económico, de todos los campos de la actividad humana, con la mercantilización de la cultura como pieza primordial de tal estrategia. La cultura comercializada que resulta del predominio del poder económico se caracterizaría, para él, en una combinación de pereza intelectual (con una cauda interminable de lugares comunes como discurso), cientificismo (que no pensamiento científico), esnobismo paradójico (un populismo que proclama que el gusto de las masas, impuesto comercialmente, es una sensibilidad legítima), institucionalización del kitsch (vinculada a lo anterior), infantilismo, reducción mediática de la política y los espectáculos a los intereses y la cosmovisión de Estados Unidos y, desde luego, simple conservadurismo.

En una de sus últimas conferencias ("La cultura está en peligro", Seúl, Foro Internacional sobre Literatura, septiembre de 2000, en *Contrafuegos 2*, Anagrama, Barcelona, 2001) Bourdieu retomaba sus ideas sobre la cultura, elaboradas en más de cuatro décadas de producción intelectual, al decir que "la 'civilización' del jean, de la Coca-Cola y del McDonald's tiene no sólo el poder económico sino también el poder simbólico que se ejerce a través de una seducción a la que contribuyen sus propias víctimas. Al convertir a los niños y los adolescentes, sobre todo a los más desprovistos de sistemas específicos de defensa inmunitaria, en los objetivos privilegiados de su política comercial, las grandes empresas de producción y difusión cultural, y especialmente el cine, se aseguran, con el apoyo de la publicidad y de los medios, a la vez presionados y cómplices, una influencia extraordinaria, sin precedentes, sobre el conjunto de las sociedades contemporáneas que se hallan infantilizadas."

Un discurso político dirigido obsesivamente a los "chiquillos", emitido por un antiguo vendedor mexicano de la Coca-Cola o, en Italia, la defensa de la superioridad de la "civilización occidental" sobre cualquier otra, a cargo nada menos que del dueño de los canales de televisión, no son ninguna excepción en el panorama que describe Bourdieu. Muy pronto podría ocupar el gobierno de otro país un ejecutivo

de McDonald's. Y aunque Bourdieu insistía en la necesidad de construir, en la tarea de buscar una alternativa al nuevo Big Brother, una reflexión intelectual colectiva, horizontal, sin jerarquías entre los participantes, no es menos cierto que igualmente concedía una importancia muy grande a la resistencia que pueden ejercer los "productores culturales más autónomos" contra la mercantilización de la cultura. Por ello, quiero concluir esta evocación de Pierre Bourdieu citando el último párrafo de su conferencia en el Foro Internacional sobre Literatura de Seúl: "Extrañamente, los productores culturales más 'puros', los más gratuitos, los más 'formales', se encuentran situados hoy, a menudo sin saberlo, en la vanguardia de la lucha por la defensa de los valores más altos de la humanidad. Defendiendo su singularidad, defienden los valores más universales."